

CAPITULO XIX.

CARIDAD DEL SACERDOTE CATÓLICO.
SAN VICENTE DE PAUL.

Sea que en el suelo de su patria ejerza su ministerio el Sacerdote católico en medio de los aplausos de sus conciudadanos, ó sea que en un país lejano, y salvaje, predique á su Dios crucificado: sea que él siga en el campo de batalla á los valientes é intrépidos ejércitos para prodigarles en la hora suprema los socorros de la religion; ó sea que en la soledad consuma sus días instruyendo á la juventud con provecho de la ciencia;

sea en fin, que en medio de una epidemia vele á la cabecera del moribundo, siempre es la caridad la que lo guia, porque el sacerdote es caridad como Dios de quien es ministro.

¡Qué de maravillas obradas por la caridad del Sacerdote católico! Aquellos monumentos cuyos gastos para construirlos espantarían ahora á nuestros gobiernos, y que se encuentran por toda la Europa, la Asia, la Africa, la América y la Oceanía, porque por doquiera ha habido miserias que socorrer, el Sacerdote católico es el que los ha fundado y ha dotado. Por doquiera, el huérfano encuentra una madre, el viajero un hogar, el enfermo un médico, el moribundo un consuelo: los niños, los ancianos, y hasta aquellos gloriosos restos de nuestros ejércitos que han tenido la satisfaccion de sacrificar por su patria su salud, ó sus miembros, todos son acogidos por la caridad del Sacerdote católico. (1)

(1) Los hospitales militares vienen originariamente de los benedictinos. Cada convento de esta orden alimentaba á un antiguo soldado, y le daba un lugar en el convento para todos sus días. Luis XIV reuniendo todas estas fundaciones en una, formó el Hotel de los in-

¡Qué bella es esta cruzada religiosa, corriendo en ella sin distincion, hombres y mujeres al socorro de la humanidad y á la voz del Sacerdote! Los unos para el cuidado de los enfermos, los otros para el de los pobres, y el otro para el rescate de los cautivos. Ved al Redentorista entregarse alegre á la inconstancia de las olas: ¿á dónde vá, solo, con su breviario y su cayado? Este conquistador marcha á libertar á la humanidad, y los ejércitos que le acompañan son invencibles. Con la bolsa de la caridad en la mano, corre para afrontar la peste, el martirio y la esclavitud: se presenta ante el rey de Argel, le habla en nombre de aquel Rey del cielo de quien es el embajador. El bárbaro se admira á vista de este europeo que tiene el valor de atravesar solo los mares y las borrascas por venir á redimir á los cautivos; y vencido al punto por una fuerza desconocida, acepta el oro que se le ofrece, y el heróico libertador, satisfecho de haber vuelto la libertad al cautivo, y la felicidad á su patria, vuelve á pié, oscuro é ignorado, á tomar el camino de su monasterio.

válidos. Así como el ministro de paz ha fundado los asilos de nuestros viajeros guerreros.

Por doquiera el espectáculo es el mismo: el misionero que parte para la China, se encuentra en el mismo puerto al otro misionero que vuelve glorioso y mutilado del Canadá. La hermana gris corre para administrar al indigente en su choza, el padre capuchino vuela para apagar el incendio, el hermano hospitalario lava los piés del viajero, el hermano de la *buena muerte* consuela al agonizante sobre su lecho, el hermano que se encarga de sepultar á los muertos, deposita en la fosa el del pobre, la hermana de la caridad sube hasta el sétimo piso para prodigar el vestido, el oro, la caridad y la esperanza; estas hijas, tan justamente llamadas *hijas de Dios* llevan, y vuelven á llevar, aquí y allá, los alimentos, las hilas, los remedios; la hija del *Buen Pastor* tiende la mano á la mujer prostituta, gritándole: *no he venido á llamar á los justos, sino á los pecadores*. Todos estos abrreros de obras celestiales, se precipitan, se animan los unos á los otros.

El monge copto sepultado en las arenas abrasadoras que habita, ejerce una caridad hasta para él desconocida. Unas veces busca al europeo extraviado entre las ruinas que vino á visitar á dos mil leguas de su país; otras veces al monje de la Arabia lo libra á su turno de los peligros

del desierto, prodigándole el alimento que él mismo se rehusa. Nuestros viajeros honran las ciencias, es verdad, visitando las ruinas de Egipto; pero ¿de dónde viene, que como los monges cristianos que tanto ultrajan y desprecian, no vayan á establecer entre aquellos mares de arena, en medio de tantas privaciones, para dar un vaso de agua al viajero, ni librarlo de la cimitarra del beduino? Por doquiera que se vuelva la vista, no se ven más que beneficios y la caridad del Sacerdote católico: en las cinco partes del mundo, es el centinela de la humanidad. El monge moronita suspende dos tablas en la cumbre más elevada de los árboles y con su palmeteo advierte al extranjero extraviado por la noche, los peligros que hay en el Líbano. Ingeniosa invencion de la caridad sacerdotal! El monge abisinio os aguarda tambien en los bosques para libraros de los tigres que los pueblan, y que ellos solos conocen, para preservar así al viajero. El misionero cuida y vela en la coservacion del hombre en las inmensas florestas de la América.

No se diga que la humanidad sola puede engendrar tales actos de abnegacion. ¿De dónde viene pues que no se vea otro tanto ni se haya visto en la antigüedad, tan sensible y tan alaba-

da? El amor del prójimo de entónces, distaba tanto de lo que hace hoy el cristianismo, que los antiguos ni conocian la palabra *caridad* con que hoy se expresa; y no tememos decir que nada semejante se hubiera visto sin el sacerdote católico.

Escuchemos á San Justino el filósofo pintando las costumbres paganas, y nos persuadirémos de que el culto idólatra era insuficiente para socorrer y proteger á la humanidad.

«Se exponen los niños bajo vuestro imperio, dice el emperador, algunos se encargan de la educacion de estos para prostituirlos; entre todas las naciones no se encuentran más que niños destinados á los usos más excecerables, á los cuales se alimentan como los rebaños á las béstias. Percibís un tributo de estos infantes.... sin embargo, los que abusan de estos inocentes, á más del crimen que cometen contra ellos, pueden abusar hasta de sus propios hijos... Nosotros cristianos, detestando estos horrores, no nos casamos sino para educar á nuestros hijos, ó renunciarnos al matrimonio para vivir castos...!»

No se encontró, en la época de que habla San Justino, en toda la extencion del vasto Imperio Romano, un Sacerdote católico para que dijera

á las mujeres de Roma, lo que Vicente de Paul, dijo un dia á las mujeres francesas que le ayudaban al ejercicio de su caridad: "Ved, pues, si quereis dejar á estos inocentes, de quienes os habeis hecho madres, segun la gracia cuando fueron abandonados por su madre segun la naturaleza."

Este inmortal Vicente de Paul, á quienes la filosofía, apenas se ha dignado perdonarle su cristianismo, y de quien ella ha querido apropiarse su espíritu en las instituciones filantrópicas ¿qué no ha hecho en bien de la humanidad? Guardian del rebaño primero, y despues esclavo en Túnez, llegó á ser un Sacerdote célebre por sus ciencias y sus obras. Fundó en Paris el Hotel de los niños expósitos, el de los pobres ancianos, el colegio de Sacerdotes de la mision, las conferencias de caridad de las parroquias, las asociaciones de Señoras para el servicio del Hotel-Dieu, las hermanas de la caridad para cuidar de los enfermos; en Marsella el hospital para los contagiados de las galeras. ¡Cuántas instituciones, gran Dios! Cada una de ellas podria absorber los tesoros de un rey y la vida de muchos hombres. El corazon de Vicente era tan vasto como la tierra, su amor abrazaba todas las miserias que afligen á la humanidad,

San Vicente es el atleta de la caridad; no deja subsistir en el mundo ningun infortunio, pues á todos les aplica el consuelo y el remedio para estancarlos. Apenas la sociedad sacude el polvo de la edad media y comienza á ataviarse con todas sus pompas y riquezas del buen gusto: él, simple Sacerdote, desarrolla el dogma de la caridad cristiana, base sobre la cual quiere apoyar el nuevo orden; sacrifica á esta obra su genio, su ancianidad y sus amistades, cree, él, que aunque no se puede adelantar mucho tratando de aliviar la vida del hombre, con todo emprende y acomete la empresa de hacerla lo ménos amarga que sea posible; trabaja en destruir hasta el gérmen del egoismo, para dejar que crezca y se desarrolle la caridad; todo lo pone en juego, á todos se dirige, al trono, á la riqueza, al lujo, para hacer que todo contribuya á la práctica de su virtud favorita.

¿Que nos han dejado aquellos grandes conquistadores con que la historia se envanece? Nada, ó casi nada. Han destruido con su espada todo lo que se oponia á su ambicion. Semejante á torrentes impetuosos, y á incendios destructores, han arruinado los paises por donde han pasado. Su huella ha quedado señalada con crímenes, incendios y torrentes de sangre. De

otro modo ha recorrido el mundo Vicente de Paul; dulce y apacible, alegre, ha fundado las ciudades y los campos, su mano alimentó al que tuvo hambre, dió vestido al que estuvo desnudo, recogió al que no tenia asilo; roompió las cadenas del cautivo: sí gloria es, y muy grande para un hombre haber inventado un sistema de utilidad pública, cual será la de Vicente, á quien ninguna miseria se le escapó, y cuando todas las dulcificó!

Tenia razon el elocuente Maury cuando desdo lo alto de la tribuna sagrada, en presencia de una ilustre asamblea, reclamaba una estatua para el héroe de la caridad. «Glorioso es por cierto, y lisongero para todo orgullo de cualquier pueblo, levantar columnas á la gloria de los generales, ó estatuas á sus sabios, ¿y no es vergonzoso para la Francia, y para Paris sobre todo, que no posea una estatua para perpetuar la gloria del benefactor de la humanidad?» (1)

(1) Ved un rasgo de la caridad del Sacerdote católico. Madama Genlis es quien se complace en referirlo en las *Madres rivales*. Con él hace justicia á un digno Obispo, el cual alguna vez se le atribuyó á Catinat.

«El genio de la libertad, la estatua del gran Napoleon, se cierce sobre la inmensa capital.

Pasando por Nimes, dice M. Genlis, hace veinticuatro años, acompañada de la duquesa de Orleans, uno de los grandes vicarios de Monseñor de Beudelièvre, Obispo de allí, nos refirió el rasgo siguiente, así como otros de la misma especie.

«Las Señoritas L. . . . eran dos hijas que pertenecian á una de las mejores casas del lugar, cuyo padre se arruinó. Se aclaró el mal estado de sus negocios hasta despues de su muerte. Dejó más deudas que bienes; sus hijas lo dejaron todo á los acreedores. No les quedaba más que un pedazo de tierra por la parte materna; podian conservarlo, y con todo, lo vendieron para pagar los créditos de su padre, así como hicieron otro tanto con su pequeño moviliario, no reservándose más que un cuadro de San Gerónimo, por que su padre lo estimaba mucho. Bastante delicadas y no acostumbradas tales señoritas á pedir ni aceptar socorros, se decidieron á vivir del trabajo de sus manos. Tan débil recurso, no pudo en siete años darles más que lo muy necesario, pasando todo ese tiempo casi en la indigencia.

¿No falta, en medio, la estatua de Vicente? La caridad, de quien es el genio y el apóstol, tem-

“Cuando el Obispo tomo posesion de su Obispado, quiso informarse de las necesidades de su diócesis. A pesar de la oscuridad, silencio y profunda soledad de la familia L. . . . se supieron sus infortunios. Envió entónces Su Señoría á su casa á uno de sus vicarios para ofrecerles socorros que rehusaron. El Prelado, á quien nada lo podia hacer renunciar para hacer una buena accion, se prometió sacar de la miseria aquella familia sin ofender su delicadeza.

Supo entónces el Prelado que el dueño de la casa que ocupaban estas desgraciadas, se rehusaba á renovar el contrato de arriendo, para darle otra posicion á su casa, para que así le produjera más.

El Obispo llamó á un amigo, y concertó con él lo que debia hacerse para el fin que proponia. Ved cómo éste dá cuenta á su Illma. de su comision.

“Me dirigí muy temprano á la casa de las Señoritas L. . . . hago anunciar al propietario que solicito me rente uno de los cuartos de su casa, porque como pintor deseo uno con bastaute luz y el más elevado. Se me conduce al granero. Despues se me enseñan dos pequeños,

plaria con la religion, las ideas exageradas algunas veces de la libertad, esta diosa de los tiem-

gabnetes, y se me dice, que si quiero, se unirá á ellos otra pieza ocupada por unas Señoritas, que muy pronto la desocuparán. Deseo examinarla, y entónces se me introduce allí. Aquellas dos niñas estaban entregadas á su trabajo. Era una pieza ennegrecica por el humo, con el más pobre moviliario y la pintura tan querida para ellas, en un marco de madera negra formando toda su decoracion. Al verme, aquellas niñas se levantaron avergonzadas queriendo ocultar su pobreza. Apenas las saludé y luego me paré á contemplar el cuadro. Entre tanto que el propietario explicaba el motivo de nuestra presencia, yo permanecia extasiado contemplando el cuadro de San Gerónimo. Despues de tres minutos de contemplacion, exclamé: Sí, yo lo daré á conocer al mundo! . . . Sí, sí, es un Dominico! . . . —Dispense U., Señor, me dijo la mayor de las niñas, no es Santo Domingo, es San Gerónimo, patron de mi difunto padre.—Esta pintura, quiero decir, es obra de Dominico, uno de los más grandes pintores de la escuela italiana: permitidme descolgarlo, para verle de cerca. Lo bajé, y despues de haber representado mi fingido papel de

pos presentes, y dulcificaría lo que tiene de áspera la actitud del guerrero: trinidad de gloria

entusiasta, añadió:—Este cuadro es un magnífico original.—Mucho lo estimaba papá, contestó la misma, y hé aquí la razón por que nosotros lo hemos conservado.—Quereis vendérmelo?—Es para nosotros lo más estimable.—Sabeis el tesoro que podeis sacar de él?—Nó—No tiene precio.—Ofrezco quinientos luisas al contado por él.—Quinientos luisas! repitieron las niñas y el propietario.—Estoy seguro de hacer un buen negocio, vendiéndolo en Paris.—El propietario dijo entonces: veo que es una hermosa pintura, aunque está humeada, no extraño que hasta hoy no se haya conocido su mérito. La vida de los pintores abunda en estos episodios. Yo me acuerdo que un pintor compró en cuatro doblones, un diseño de ataúd que estaba pintado en una bandeja, y despues lo vendió en ocho mil francos.—Si las Señoras me dicen que consienten en vendérmelo, volveré con el dinero.—Me voy.—El propietario me suplicó entonces lo acompañara á su casa para enseñarme una Santa Teresa que habia heredado de su abuela.—Si será tambien alguna obra maestra? decia.—Quién sabe? Fuí entonces examinar el cuadro contestando luego que era una vieja

que acabaría de ilustrar nuestras creaciones modernas. Dios quiera, para honor de la Francia, que se vea al lado de la antorcha de la libertad y la espada del soldado, brillar la estrella y la cruz del Sacerdote católico, á fin de que ninguna ilustracion falte á mi país!"

y mala copia, despues de lo que, volé al Obispado.—“Gran Señor, dije al Sr. Obispo, habeis comprado en doce mil francos, un cuadro que no vale cinco.—Es la mejor compra que he hecho: hé aquí los quinientos luisas.”—Vuelvo á la casa de las Señoritas L. con ellos, y el trato quedó concluido.

Cuando tomé aquel cuadro, aquellas Señoras suspiraron exclamando:—“Pobre padre mio, la piedad filial lamenta no haber sacado una copia! ¿A estas palabras derramaron lágrimas? “Ah! todos los dias pedirémos á Dios por U.” ¡Cuanto sufrí por no haber podido descubrir el nombre del bienhechor!

El Obispo contempló con ojos complacidos la compra que le habia hecho: nunca un amante de las pinturas de Rubens recibió con más placer un cuadro de este autor.

"Lo colocaré en mi oratorio."—Después el Sr. Obispo tuvo que escribir un sermón sobre la caridad.—El cuadro le inspiró todo lo que dijo, porque frente á él se sentó á escribirlo.

CAPITULO XX.

ABNEGACION DEL SACERDOTE CATÓLICO EN TIEMPOS
DE EPIDEMIA.—CÁRLOS
BORROMEIO, BELSUNCE, QUELEN.

Estos nombres, que un siglo y después otros siempre glorificarán y bendecirán, porque dominaron toda la historia de las miserias humanas, son los de los tres Sacerdotes católicos que con solo sus talentos los habrían hecho célebres, si por otro respecto no se hubieran inmortalizado con una gloria imperecedera en esta vida llena de vicisitudes, por su abnegación y su caridad. Ellos solos resumen enteramente toda la cari-